

Lograremos este fin si demostramos que la indiferencia en materia de Religion, que se ensalza hoy como el último esfuerzo de la razon, y el mas precioso beneficio de la filosofía, es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos: y esperamos dar tanta evidencia á estas dos proposiciones, que aun los mismos que tuvieren el triste valor de negarlas, no lo tendrán para combatir las é impugnarlas con la fuerza del racionio.

Y desde luego, no hay cosa mas absurda que la indiferencia, porque razonablemente no se puede apoyar sino en estos dos principios, á saber: ó que no nos interesa el asegurarnos de la verdad de la Religion, ó que nos es imposible descubrir una verdad que tanto nos importa conocer: dos principios que haremos ver son igualmente falsos que absurdos; manifestando además que todos los hombres en general y cada uno en particular tienen un medio seguro, fácil é infalible de convencerse de la necesidad de la Religion, y discernir la verdadera.

Nada es mas funesto que la indiferencia, porque ella conduce directamente á todas las calamidades y á todos los crímenes; enerva y destruye insensiblemente todas las facultades morales; y en fin, es incompatible con el orden de la sociedad.

Por último, para quitar así á la pereza como á la ignorancia aun el mas ligero pretexto de tranquilizarse en este estado deplorable, omitiremos cuidadosamente toda discusion que suponga conocimientos extraños al comun de los hombres, de manera que la luz natural mas regular baste para que se lea con fruto este libro.

Tal vez algunas almas débiles, algunos espíritus ligeros no enteramente pervertidos, despues de haberse dejado arrastrar por lo que llaman *el movimiento del siglo*, penetradas de un justo horror á la vista del abismo adonde corren, se decidirán á exa-

minar seriamente lo que hasta aquí han menospreciado sin conocerlo. Esto es únicamente lo que les pedimos; no les decimos: *creed*, sino *examinad*.

Aunque la materia que nos proponemos no exige que se demuestre la verdad del cristianismo, con todo daremos pruebas sufficientisimas para convencer á los incrédulos de buena fe. Acaso encuentren también aquí una instruccion mas ventajosa y útil que la que podrian sacar de una refutacion directa de sus errores; pero siempre y seguramente hallarán motivos bastantes que justifican, y aun imperiosamente mandan el examen que les empeñamos á emprender. ¡Quiera Dios se determinen á ello por la gloria de la verdad, y por su propio bien! Sea lo que fuere de su persuasion, estas dos cosas son inseparables: que no hay dicha ni felicidad sino en el seno de la verdad, porque no hay tranquilidad sino en ella. El error embriaga, la indiferencia adormece; pero ni una ni otra llenan el vacío del corazón. Lo repetimos, nuestro único deseo es que se examine de buena fe; esto es lo que únicamente nos hemos propuesto, y si lo conseguimos de uno solo que sea, nos daremos por contentos, y nuestro trabajo está pagado con usuras.

DE LA INDIFERENCIA

EN

MATERIA DE RELIGION.

CAPÍTULO I.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA INDIFERENCIA RELIGIOSA.

Exposicion de los tres sistemas á que se reduce la indiferencia dogmática.

El espíritu humano tiene sus épocas de sabiduría y de vértigo, de grandeza y de decadencia como las tiene la sociedad; y la sociedad no está sujeta á estas revoluciones diversas, sino porque ellas son naturales al espíritu humano, cuya suerte participa invariablemente. Esta verdad, que, enlazando y uniendo la moral con la legislación, da á las teorías políticas una base fija, no se habia ocultado al talento penetrante de Pascal: nadie mejor que él conoció el imperio de la opinion, á quien llamó *Reina del Mundo*, y fácilmente se conocerá que no exagera nada si se profundiza un poco su pensamiento, y por opinion se entienden las doctrinas dominantes. Su imperio sobre los hombres es absoluto, aunque alguna vez á la larga llegue á ser aparente, que es lo que engaña á tantos observadores superficiales, incapaces de abrazar en una sola ojeada de espíritu una vasta complicacion de relaciones, y unir á largas distancias lo presente con lo pasado. Perciben hechos, buscan la causa, pero muy cerca de sí; espectadores de las tempestades que agitan la sociedad, del flujo y reflujo de los acontecimientos de que se compone su historia, explican cada

uno por el inmediato, cada oleada como si no tuviera mas impulso que el de la que inmediatamente la impele, en vez de remontarse y subir desde luego á la impulsión general que las produce todas. Así es como seriamente se atribuyó á la envidia de un fraile¹ la *Reforma* del siglo XVI, y á un simple *déficit* de algunos millones en las rentas la revolucion francesa.

Es necesario decirlo, porque nunca llegaremos á penetrarnos demasadamente de esta verdad, que todo sale de las doctrinas: costumbres, literatura, constituciones, leyes, la felicidad de los estados y sus desastres, la civilizacion ó su barbarie, y esas crisis espantosas que hacen desaparecer los pueblos ó que los renuevan, segun que en ellos hay mas ó menos resto de vida.

El hombre no obra sino porque cree, y los hombres reunidos y formando cuerpo obran siempre conforme á lo que creen, porque las pasiones de la multitud están determinadas tambien por su creencia. Si esta es pura y verdadera, la tendencia general de las acciones es recta y está en armonía con el orden: si es errónea, las acciones al contrario se depravan; porque el error vicia, y la verdad perfecciona. Esto se hizo sensible en el principio del Cristianismo, cuando puestas al lado una de otra la Religion de los sentidos y la Religion del espíritu en una misma sociedad, los ojos podian á cada hora comparar sus efectos, al mismo tiempo que la razon comparaba sus doctrinas.

De aquí se sigue primeramente, que no hay, con respecto á la sociedad, doctrina alguna indiferente en Religion, en moral, en política; en segundo lugar, que la indiferencia considerada como un estado permanente del alma, es opuesta á la naturaleza del hombre, y destructiva de su ser.

Decimos, que con respecto á la sociedad no hay doctrina indiferente, y es extraño se nos obligue á probar en el siglo *de las luces*, y á pueblos cristianos, un principio tan evidente que las naciones paganas habian llegado á sentar como una de las primeras máximas de su

¹ Lutero sentido, dicen algunos, de que no le encargaron á él la predicacion de las indulgencias, y prefirieron á otro.

política. Conocian bien que la estabilidad de los estados dependia de la estabilidad de la creencia. Observadlas, principalmente en la época de su mayor gloria y poder, cuan zelosas se mostraron de la conservacion de las doctrinas establecidas. Sabido es el juramento que hacian los jóvenes Atenieses en el templo de Agraule: « Juro pelear » hasta morir por los intereses de la Religion y de la » patria, y que constantemente viviré en la fe de mis » mayores. » Caton no temia tanto la introduccion de la filosofía de los Griegos en su patria, sino porque preveia que los Romanos, aprendiendo á disputar sobre todo, acabarían por no creer nada¹, y el suceso justificó completamente sus temores. Los filósofos, aunque desterrados muchas veces de Roma, triunfaron al fin de la resistencia de las leyes, de la prudencia del senado, y aun de los mismos destinos de la *Ciudad eterna*. Algunos sofistas, armados de la duda, hicieron lo que no habian podido conseguir las fuerzas del mundo entero: vencieron con opiniones á aquella república soberbia que habia vencido á toda la tierra; y es un hecho digno de la mas atenta consideracion, que todos los imperios, cuya historia es conocida, y que el tiempo y la prudencia habian consolidado y afirmado, fueron trastornados por los sofistas.

Los grandes trastornos en el orden político van siempre unidos con iguales trastornos en las opiniones, y el secreto de conmover los pueblos es el arte de persuadirlos: cuanto mas viva es esta persuasion, mas poderosa es la accion que resulta de ella. Mahoma persuade á algunos Arabes que su cimitarra debe someter el mundo al Alcoran, y en menos de un siglo la media Luna tremola desde las orillas del Eufrates á las del Ebro. Lutero y sus discípulos persuaden á una parte de la Europa que la *Soberania reside en el Pueblo*, y bien pronto la sangre de los reyes corre sobre los cadalsos. La lógica de las naciones es tan rigurosa como la misma verdad de Dios. Un individuo puede retroceder al ver ciertas consecuencias; la sociedad nunca. Una cosa mas fuerte que el horror de su destruccion la arrastra, y aun pereciendo, obedece á

¹ Hé aquí porque nuestros revolucionarios trabajaron con tanto afan por excitar en sus periódicos tantas cuestiones y disputas: el fin es ya conocido: hacer perder el respeto á las cosas mas santas.

la ley general conservadora de los seres inteligentes, á esa razon inmutable y universal que forma, por decirlo así, el fondo de todos los espíritus, y cuya rectitud inflexible no puede alterarse por cosa alguna, bien sea que se aplique al error ó á la verdad.

En toda doctrina hay necesariamente ó verdad ó error; luego toda doctrina influye ó en bien ó en mal de la sociedad; luego no hay doctrina alguna que sea indiferente para ella, á menos que no se diga que el vicio y la virtud, el orden y el desorden son cosas indiferentes. Se ha sostenido en efecto así, y esta es la mejor prueba á mi entender de la existencia de esa ley de que acabamos de hablar, y que tarde ó temprano obliga á salir de su principio las consecuencias mas extremadas, porque cuesta menos al orgullo confesarlas, y alguna vez á la conciencia practicarlas, que le cuesta el negarlas á la razon.

En los tiempos que se llaman bárbaros, el cristianismo habia afirmado y templado el poder, santificado la obediencia, establecido las verdaderas relaciones sociales, purificado las costumbres, y muchas veces tambien suplía por las leyes. Él enriqueció la Europa con instituciones admirables, que, llenando el vacío siempre inmenso que dejan las instituciones políticas, por el dulce influjo de una caridad pródiga en beneficios, estrecharon con el estado la clase innumerable de los desgraciados. Gracias al imperio que ejercia sobre las ideas, y mas aun sobre los corazones, el hombre llegó á ser sagrado para el hombre. Hubo sin duda pasiones, y por consiguiente crímenes y delitos; pero la Religion sabia hacer brotar de ellos por medio del arrepentimiento nuevas virtudes. Las acciones, sujetas á la regla invariable de las obligaciones, lo mismo que los pensamientos, se dirigian en su mayor parte al bien general, y esto es lo que caracteriza aquella época. El que era poderoso lo era para bien del débil, y el rico para favorecer al pobre. En vez de delirar sobre un orden de cosas exento de toda imperfeccion se dejaba al orden existente perfeccionarse poco á poco por sí mismo, y cada uno en su esfera se dedicaba á remediar el mal particular que mas llamaba su atencion. De aquí, además de esas limosnas pasajeras y diarias, tantos establecimientos permanentes erigidos en favor de

la indigencia, que se levantaban á cada paso en las ciudades, en los campos y en los caminos públicos, como otros tantos arcos triunfales de la caridad. Entonces no se creia haber cumplido todos los deberes de la humanidad alargando un pedazo de pan á un miserable; se sabia que un ser sensible é inteligente *no vive con solo pan*¹, y que los dolores físicos no son los mas penosos. Una doctrina eminentemente espiritual y compasiva produjo una nueva especie de conmiseracion sublime, ocupada constantemente en recoger los entendimientos extraviados y distribuirles con medida un alimento saludable. No menos noble en sus emociones que inagotable en sus recursos, la piedad no se extendia únicamente á las necesidades de los cuerpos: las almas enfermas, los corazones lastimados tuvieron tambien sus hospicios; y las creencias establecidas, obrando á un tiempo sobre los gobiernos y sobre las naciones, la sociedad se halló gobernada por un poder infinito de amor.

Es inútil observar, que al recordar el influjo de la Religion sobre los destinos del género humano en esta época, considero únicamente sus efectos generales, permanentes y uniformes en todas las regiones, sin que por eso ignore en cuantas circunstancias fué turbada la felicidad pública, ya por las pasiones particulares, ya por las opiniones mas ó menos opuestas á las doctrinas recibidas; y bajo este respecto, la mayor parte de las calamidades, cuya noticia nos conserva la historia de aquel tiempo, confirman singularmente lo que hemos dicho acerca del poder absoluto de la creencia sobre los hombres reunidos en un cuerpo; porque entre todas estas calamidades las que se pueden atribuir al pueblo, ó á una parte de él, nacieron de algun error religioso ó político en que estaba imbuida la multitud.

Sin embargo, á pesar de los desórdenes parciales, y de algunos ligeros extravíos, la Europa se adelantaba á la perfeccion, á que el cristianismo llama, así á los pueblos como á los individuos, cuando la Reforma² vino súbita-

¹ Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei, *Matth.* iv, 4.

² Este es el nombre que dieron á su cisma todas las sectas que se

mente á detener sus progresos, y á precipitarla en un abismo donde ella se hunde de dia en dia, y cuyo fondo

separaron de la Iglesia Romana á principios del siglo XVI. Como hablamos á todos, no se extrañará que insertemos á veces notas que no son necesarias á los instruidos. La Historia Eclesiástica no presenta acaso suceso mas interesante: todo estaba tranquilo en Europa: todas sus Iglesias unidas por una misma fe y unos mismos Sacramentos: todas sumisas al Romano Pontífice, á quien reconocian como cabeza de la Iglesia universal. Lutero en Alemania empieza á declamar contra el abuso de las Indulgencias; en seguida las impugna y ataca, al Papa que las concede, la Iglesia, su autoridad, y se separa de la Iglesia Romana: arma en su favor la Alemania, alhaga las pasiones, y arrastra á la Dinamarca, Suecia, y parte de Polonia y Hungria en su cisma. Zuinglio en Suiza principia casi del mismo modo, sigue los mismos pasos, quita las ceremonias, se desenfrena contra la mayor parte de los dogmas, etc., y uno y otro llaman *Reforma* la variacion que hacen en ellos y en el culto, y toman la cualidad de *Reformadores* ó *Reformados*: inspiran su fanatismo, y forman discipulos que llevan sus errores de unas partes á otras: enseñan en Inglaterra, y la Iglesia anglicana adopta una parte de ellos: turban los Países-Bajos: ocasionan la República de Holanda, sublevando aquellas provincias y haciendo dominante en ellas la religion de Calvino: penetran en Francia, se multiplican como tolerados, y obtienen el libre ejercicio de su religion por mas de un siglo, formando en ella un semillero de sediciones continuas que tanta parte han tenido en sus últimos trastornos: la España se libró por el Tribunal de la Fe. No es de nuestro intento exponer aqui sus errores particulares; pero conviene mucho á nuestro propósito manifestar los principios que les eran comunes. No queriendo distinguir entre los abusos ó excesos de algunos particulares (que la Iglesia nunca aprobó), y entre la Iglesia misma que reprobaba estos abusos, no habiendo de culparse á si mismos, se obstinan y arrojan á decir: 1º que la Iglesia Romana ha caído en error, ha prevaricado: desconocida su autoridad, y no teniendo ya regla viva que seguir, establecen: 2º por única regla de la fe la Escritura; y como desechados los pastores no habia mas razon para señalar por intérpretes á unos que á otros, enseñan: 3º que todo fiel es juez del verdadero sentido de la Escritura, y tiene derecho á juzgar de lo que pertenece á la fe, de separarse de la sociedad que ha caído en error, y adherirse á otra, ó formar una nueva en la que él restablezca la fe y culto en su pureza. Hé aquí el germen de la division, y de la independencia, que con tantos desórdenes ha pasado tambien á lo político. Roto el freno y principio de *autoridad* que contenia, é introducido el derecho de *examinar*, ya no hubo término á las interpre-

no conocemos aun. ¿Cómo se hizo esta revolucion? Por una variacion total en las doctrinas. Al principio de *autoridad*, base necesaria de la fe religiosa y social, se substituyó el principio de *examen*, es decir, se puso á la razon humana en lugar de la divina, ó al hombre en lugar de Dios. El hombre entonces vino á ser enemigo del hombre, porque creyéndose cada uno soberano de *derecho* á la soberanía, y quiso establecer el reino é imperio de su razon particular, y poder particular; pretension absurda, pero consiguiente, y que inevitablemente debia terminar en la servidumbre política y anarquía religiosa, que en realidad de verdad es hacerse esclavo de todos los errores. Tal fué la causa de las guerras furiosas que inundaron de sangre la Alemania, Bohemia, Francia, Inglaterra, y los Países-Bajos. El espíritu de independencia ó de dominacion, que es lo mismo, aunque bajo diversas apariencias, pasó de las opiniones á las costumbres. Se habia negado la autoridad; al primer paso se sacudió el yugo de la obediencia, y cada nueva negacion condujo á una nueva destruccion. Negando el sacrificio, se destruyó el culto y los monumentos de él: negando el libre albedrio, y la vida futura, se destruyeron las obligaciones; negan-

taciones; cada uno juzgó é interpretó á su arbitrio, y del seno de la *Reforma* de Lutero, Zuinglio y Calvino nacieron mil sectas diferentes, tan opuestas entre si, como enemigas de la Iglesia Romana; los *Anabaptistas* que se dividieron en trece ó catorce sectas particulares; los *Sacramentarios* distribuidos luego en otras nueve; los *Confesionistas* divididos en veinte y cuatro; los *Extravagantes*, es decir, los que tenian sentimientos opuestos á la confesion de Ausbourg, y se dividieron en seis: los *Calvinistas* divididos en *Gomaristas* y *Arminianos*, *Puritanos* y *Anglicanos*; y en fin *Serveto*, *Okino*, los *Socinianos* y nuevos *Arrianos*: ni era extraño; en sus principios cada uno tenia la misma autoridad para interpretar á su modo, y así lo hicieron: rasgaron la túnica inconsútil de Jesucristo, y de principio en principio, de consecuencia en consecuencia, casi no se sabe lo que creen, y si se sabe hoy no se podrá saber mañana; pero siempre es digno de notar que estos mismos principios aplicados á lo político, han causado esa fermentacion y trastorno general en casi todo el mundo, y que por último todas estas sectas, cual mas, cual menos, se van precipitando al Deísmo, si no han dado ya en el Indiferentismo.